

Jacques y se paraba bajo un arco de triunfo cuyos fragmentos lujosamente decorados se hallaron unos bajo la vieja iglesia de Saint-Landry y otros bajo el Hôtel-Dieu. Se llegaba entonces al Foro, que ahora es el atrio de Nuestra Señora. Durante la Edad media fué el mercado de granos y aún estaba rodeado de tiendas romanas cuando Childeberto I levantó allí la basílica que seiscientos años después debía ser substituída por el glorioso templo de Mauricio de Sully. Al Oeste del Foro, en el extremo opuesto de la isla, unas excavaciones practicadas en 1847 han hecho aparecer fragmentos de un gran edificio, de un verdadero palacio. Hoy por hoy no puede saberse el destino de tan lujosa construcción. Se cree que se hallaba reservado á los huéspedes ilustres que estaban de paso en Lutèce, y tal hipótesis parece confirmada por el destino que tuvo ulteriormente. Después de la caída del Imperio puede decirse que fué la cuna de nuestra monarquía. Los reyes de la primera y segunda rama lo habitaron con frecuencia desde Clodoveo. Los capetos fijaron allí su residencia. San Luis lo hizo derribar para edificar el palacio en que Felipe el Hermoso alojó también el Parlamento. A éste lo cedió Carlos V, que se fué al Louvre.

Un segundo puente de madera conducía á la margen derecha. Después de atravesar una línea de casas se llegaba á la campiña. La mirada se extendía por espacios pantanosos y largas calzadas con filas de tumbas. Aparecían luego el acueducto de Passy y los templos de Mercurio y Marte sobre el *mons Martis*, Montmartre.

Durante el siglo II se construyeron las Termas y el teatro, señal evidente de que París progresaba. Como las otras ciudades gálicas, se había desarrollado libremente en el seno de una paz profunda, apenas turbada de cuando en cuando por los alaridos de los bárbaros. Después de éstos ó simultáneamente estalló la rebelión de los bagaudos. Concentró sus últimos esfuerzos en la península de Saint-Maur. Grandes fueron los estragos que estos enemigos produjeron en territorio parisiense. Basta recordar lo que ocurría en todas partes. El advenimiento de la segunda dinastía flaviana abrió mejores tiempos para la Galia. De entonces data el desarrollo de París. No se sabe á punto fijo si Constancio Cloro se estableció en la ciudad; pero sí Juliano, que habitaba en las Termas. La descripción que hace de la ciudad merece ser conocida: «Estaba invernando en mi querida Lutèce: así llaman los celtas á la ciudad de los parisienses. Está situada en el río que la envuelve. Se llega á ella desde ambas márgenes por unos puentes de madera. El caudal del río varía poco. Es casi igual en todas las estaciones. Su agua es límpida y potable. El invierno es poco riguroso, quizá por la proximidad del Océano y por los vapores que envía, porque parece que el agua de mar es más caliente que la dulce. En su suelo crecen buenos viñedos é higueras, que se envuelven en paja para substraerlas á la inclemencia del aire.» Juliano añade que aquel año el invierno era más rudo que de costumbre, que el río arrastraba témpanos y que los habitantes tenían la costumbre de calentarse por medio de estufas (1). Se ve que el tiempo no ha traído profundas modificaciones, salvo en lo que se refiere á los viñedos é higueras y á la limpidez del agua del Sena,

(1) *Misopogon*, 4.

debida á que no había ciudades en el curso alto del río y á que París no era una gran aglomeración urbana.

París se nos aparece aún como una ciudad abierta. A pesar de las duras lecciones del siglo anterior, no se creyó necesario murarla como á las demás ciudades galas. Era París un punto de observación, no una plaza fuerte. No estaba, sin embargo, desprovista de todo medio de resistencia. En el espacio comprendido entre el bulevar Saint-Michel y las calles Soufflod, Royer-Collard y Saint-Jacques se levantó, como un anexo del palacio imperial, del que se hallaba separado por un campo de maniobras, un campamento atrincherado, una de esas ciudades militares en que los romanos alojaban, según les convenía, las guarniciones permanentes ó las tropas de paso. El recuerdo de esta fortaleza ha perdurado en la tradición parisiense. En 1358, cuando se hicieron trabajos para la defensa, después de la batalla de Poitiers, se descubrieron entre las puertas de Saint-Michel y Saint-Jacques, unas murallas de espesor enorme. Se creyó ver en ellas los restos de un castillo cantado por las gestas, el de Hautefeuille (*Altum folium*, de *feuil*, reducto, emboscada), el mismo que dió su nombre á la calle, hoy limitada junto al Sena, pero que antes llegaba hasta el punto de arranque de la de Monsieur-le-Prince. Estas murallas romanas se las ha hallado hoy cuando se ha tratado de transformar este barrio. Estaban enterradas á gran profundidad, al pie de la muralla de Felipe Augusto, y trazaban un vasto cuadrilátero, conforme á las reglas de castrametación romana. Allí ocurrió, en mayo del 360, la escena famosa que pone en boca de los historiadores el nombre de nuestra capital futura. Allí Juliano fué proclamado emperador. Junto al campamento es donde el noble César acalló sus escrúpulos y aceptó la diadema que el motín le imponía.

El campamento atrincherado (*castra stativa*) de la montaña de Santa Genoveva no bastó para contener á los bárbaros después de Teodosio. La ciudad padeció entonces una nueva devastación, como lo atestigua la capa de escombros y cenizas que se halla sobre la que produjeron los invasores del siglo III. En aquella época los parisienses, refluendo hacia Lutèce, comprendieron la necesidad de construir un recinto murado. Diversas excavaciones han dado idea de su trazado. Los materiales se tomaron, en parte, de los monumentos destruídos por la invasión. En esta muralla se han encontrado piedras extraídas del anfiteatro. Probablemente también las había del altar de los nautas. Subsistía aún en el siglo IX, y contra ella se estrellaron los esfuerzos de los piratas normandos.

Nos hemos detenido más de lo necesario en París. A pesar de un brillo pasajero que tuvo en las postrimerías del Imperio, precisa confesar que nunca figuró en primera línea. Tampoco estamos bien informados de las demás partes de la Lyonense.

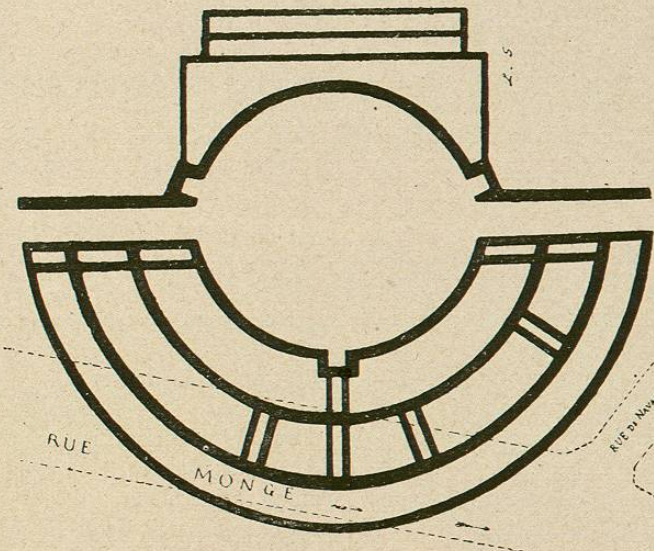
Los buques de los nautas parisienses llegaban hasta Ruán. La capital de los veliocasos (*Rotomagus*) fué, desde Diocleciano, la metrópoli de la segunda Lyonense, es decir, de una provincia que casi corresponde al futuro ducado de Rollón. Antes fué eclipsada por la capital de los caletos, Juliobona, que hoy es una aldea llamada Lillebone, sin importancia alguna. Las antigüedades que aún conserva nos indican su importancia. Más lejos estaba Harfleur (*Caracotinum*), última esca-

la de la navegación secuanesa, único puerto en la desembocadura del río, que no fué desposeído hasta que se fundó el Havre en tiempo de Francisco I.

Había bastantes ciudades en el resto de Normandía. Citaremos Lisieux (*Noviomagus*), Vieux (*Araegenuae*), Bayeux (*Augustodurus*), Valogne (*Alauna*), etc. Las dos últimas no eran ni capitales de ciudad. Ninguna era de gran importancia por más que tuvieran teatros y otros monumentos. Pero en el país reinaba la abundancia, como lo demuestran algunos de los objetos preciosos encontrados. Las magníficas piezas de vajilla de

un circo, de un teatro, de diversas construcciones. No son escombros de una ciudad conocida. Es que se ha exhumado una ciudad desconocida, anónima.

Nantes era la verdadera reina del Oeste. No se puede calcular la superficie que ocuparía cuando no estaba murada; pero cuando lo estuvo, su perímetro alcanzaba más de mil seiscientos metros. Era doble de lo que medían en la misma época los recintos de Rennes, Angers (*Juliomagus*) y Tours (*Caesarodunum*). Desde muy antiguo la desembocadura del Loira era un polo de atracción para el comercio celta y el punto de



Plano del anfiteatro de Lutecia

plata que guarda la Biblioteca Nacional se hallaron en las cercanías de Bernay (1). El origen de aquel bienestar debía ser la agricultura. Ninguna de las ciudades de esta comarca se distinguía por ninguna industria. Pero la riqueza de la tierra normanda no data de hoy.

La única ciudad algo notable de la Armórica era Rennes (*Condate*). En cambio abundaban las grandes fincas. Desde Saint-Nazaire á Piriac había preciosas quintas escalonadas en la costa. En estas riberas que presenciaron la heroica resistencia de los vénetos, los grandes propietarios disfrutaban de una existencia placentera y segura, no ajena á los refinamientos del lujo romano. Más al Norte no varía la decoración hasta la bahía de Douarnenez, en el extremo del camino que conduce á la punta de Raz. Existe allí un montón de ruinas que la leyenda atribuye á la ciudad de Is.

La población formaba núcleos más densos á medida que se volvía hacia el Este, en dirección al Mans (*Suinidunum*) y de Chartres (*Autricum*). Sin duda aquel país no se parecía al de hoy. Sus selvas, en que se celebraban las asambleas druídicas, no retrocedían sino muy lentamente ante la cultura. La Beauce extendía un cinturón de bosques alrededor de la capital de los carnutos. Grandes cambios iban, sin embargo, á operarse. El siguiente hecho dará una idea de ellos. Recientes excavaciones han hecho descubrir en un pueblo de la Sarthe, en Oisseau, un conjunto parecido al de Sanxay, los restos de un acueducto, de un templo, de

embarque más importante para Bretaña. Pytheas había indicado el puerto de *Corbilo*, el único de verdadera importancia que la Galia tenía en el Océano. Pero *Corbilo*, cuyo exacto emplazamiento se ignora, no era sino un recuerdo cuando empezó la prosperidad de *Condevincum*, la capital de los namnetes. La ciudad ocupaba una buena posición defensiva un poco más arriba de la confluencia del Erdre. Pero, para mejor adaptarse á sus nuevos destinos, bajó á la orilla del río, frente á las islas que parecen facilitar el paso entre ambas márgenes. Allí se abrió el puerto (*Portus Namnetum*). Los armadores nanteses eran generosos. Su munificencia se traducía en bellos monumentos que hacían construir. Adoraban, sobre todo, á Vulcano, lo cual se explica por el desarrollo de la industria metalúrgica en Saint-Nazaire, Guérande, Ancenis. Hay que hacer notar los caracteres marcadamente romanos de la población. Las tumbas eran semejantes á las de Italia y la onomástica es latina. De diez y ocho inscripciones, sólo una contiene un nombre galo. No hay que extrañarlo tratándose de una ciudad cuyo gran tráfico debía favorecer las influencias exteriores.

V.—Bélgica y las dos Germanias (1)

No hay diferencia sensible entre las partes occidentales de la Lyonense y Bélgica. Únicamente se nota que

(2) FUENTES.—Para los textos literarios concernientes á la Germania romana, véase Riese, *Das rheinische Germanien in der*

(1) Capítulo II, párrafo 3.
TOMO I

las inscripciones son cada vez más raras á medida que se adelanta hacia el Norte, lo cual indica que la romanización perdía extensión y profundidad.

El país que hoy llamamos Flandes, Brabante y Campine no era apenas conocido. Componíanlo terrenos desiertos invadidos por pantanos. El Artois, Picardía y Champaña estaban más favorecidos. La principal riqueza de sus habitantes consistía en sus pastos. Los caballos eran excelentes para el ejército. Los carneros proveían de lana á las manufacturas de Tournai y Arrás. También se citan las telas de los morinos. Por su actividad y por la naturaleza de sus productos esos centros hacen pensar en los que en la Edad media se desarrollaron en las mismas regiones.

La capital de los remos, Reims (*Durocorturum*), se convirtió en la capital de la provincia. Una puerta de aspecto monumental, pero de mediana arquitectura, es cuanto queda de lo pasado.

El puerto más frecuentado era *Portus Itius*, llamado también *Gesoriacum*, y últimamente *Bononia*, Boulogne. En la época celta ya era nombrado. César lo tomó por punto de partida para sus dos expediciones á Bretaña. Ganó con la definitiva conquista de la isla. Fue para los pueblos del Norte lo que Burdeos y Nantes para los del Sur y Centro. Sin embargo, antes era Boulogne un puerto más militar que comercial, algo así como Fréjus. Como éste, servía de refugio á una flota poderosa encargada del transporte de tropas y de vigilar las costas. Pero así como el puerto mediterráneo perdió pronto su importancia, el de la Mancha la conservó

antiken Litteratur, 1892. La parte del tomo XIII del *Corpus* que contendrá las inscripciones de la Bélgica y de ambas Germanias no se ha publicado aún. Nos limitamos, por lo tanto, á citar las obras siguientes, y para lo demás vean los lectores los periódicos citados al principio del libro tercero. Schuermans, *Épigraphie romaine de la Belgique*, «Bulletin des commissions royales d'art et d'archéologie», 1891-1893. Vaillant, *Notes boudonnaises, Épigraphie de la Morinie*, 1890. Robert y Cagnat, *Épigraphie gallo-romaine de la Moselle*, 1873-1883. Maxe-Werly, *Monuments épigraphiques du Barrois*, 1883. Schcepsflin, *Alsacia Illustrata*, 1751-1761, traducción francesa por Ravenez, 1849-1852. Mowat, *Inscriptions de la cité des Lingons*, «Revue archéologique», 1889-1890. Mommsen, *Inscriptiones Confederationis helvetice*, 1854. Brambach, *Corpus inscriptionum rhenanarum*, 1867. Hettner, *Die römischen Steindenkmäler des Provinzialmuseums zu Trier*, 1893. Becker, *Die römischen Inschriften und Steinsculpturen des Museums der Stadt Mainz*, con suplementos por Keller, 1883 y 1887, y por Körber, 1897.

OBRAS DE CONSULTA.—Véase libro III, capítulo I, párrafo 3. De Ring, *Memoire sur les établissements romains du Rhin et du Danube*, 1852-1853. Hettner, *Zur Kultur von Germanien und Gallia Belgica*, «Westdeutsche Zeitschrift», 1883. Kurth, *La frontière linguistique en Belgique et dans le Nord de la France*, Bruselas, 1895. Bequet, *Les grands domaines et les villas de l'Entre-Sambre et Meuse, sous l'empire romain*, «Annales de la Société archéologique de Namur», 1893. Keiffer, *Precis des découvertes archéologiques faites dans le grand-duché de Luxembourg*, «Revue archéologique», 1898. Hettner, *Das römische Trier*, «Philologenversammlung in Trier», 1879. Castan, *Le Champ de Mars de Vesontio*, «Revue archéologique», 1870. Vesontio, *colonia romana*, idem, 1877. Mommsen, *Die Schweiz in römischer Zeit*, 1854. *Schweizer Nachstudien*, Hermes, 1881. Burchhardt-Biedermann, *Helvetien unter den Römern*, 1886. Acerca de Maguncia y las ciudades militares: Bergk, *Die Verfassung von Mainz in römischer Zeit*, «Westdeutsche Zeitschrift», 1882. Mommsen, *Die römischen Lagerstädte*, Hermes, 1873. Morel, Kornemann, Schulten, obras citadas en el libro III, capítulo III, párrafo 1. Schulten, *Die Landgemeinden im römischen Reich*, «Philologus», 1894. *Das territorium legionis*, Hermes, 1894.

hasta el fin. Desde el reinado de Claudio vemos allí la flota británica y es de creer que también se abrigaba ya antes en sus aguas, pues Calígula es el que hizo construir en esta costa el faro colosal de seis pisos, que se mantuvo en pie hasta mediados del siglo XVII.

A Oriente y Norte de la llanura de la Champaña se extendía hasta la cuenca del Escalda la región accidentada y poblada de árboles que se conoce con el nombre de selva de los Ardenas. Quizá en ninguna parte, salvo el Morván y los Vosgos, se guardó durante tanto tiempo la huella de la primitiva barbarie. Las carreteras que desde Reims iban á distintos puntos de Germania atravesaban la gran selva. Pero se extendían á través de las soledades arbóreas, sin encontrar vestigios de habitaciones. Aun hoy día los Ardenas junto al Luxemburgo están casi desiertos. Puede juzgarse lo que serían entonces que apenas empezaban á roturarse. En vano se había buscado una ciudad en toda la cuenca del Mosa. La única que acabó por tomar el nombre de tal, Verdún, no era á principios del siglo III más que una aldea de los mediomatrices. Más abajo, hasta Namur, no había sino propiedades inmensas, dominios públicos y privados, sin cultivo, como en tiempo de los antepasados de Carlomagno. A decir verdad, de los romanos á los francos austrasianos no parece que el cuadro cambiara apenas.

Junto al Mosela reaparecía la animación. El surco abierto por este río tenía capital importancia. Ningún camino seguía el curso del Mosa en territorio francés, pues el que partía de Reims lo atravesaba dos veces, pero sin detenerse junto á la corriente. En cambio por el valle del Mosela pasaba la gran vía que desde Lyon iba al Rhin. Por ella discurría la ola de las legiones. Aquel tránsito incesante labró la fortuna de la comarca. Fue para ella un período de prosperidad, de vida activa y brillante, de que no debía volver á disfrutar en lo sucesivo.

Divodurum (Metz), en el cruce de los dos caminos que van de Langres á Tréveris y de Reims á Estrasburgo, fué un punto estratégico de primer orden. Pero la capital de los mediomatrices fué eclipsada bien pronto por la de los treverios, y sólo tomó su desquite cuando, consumada la invasión, se convirtió en residencia de los reyes de Austrasia.

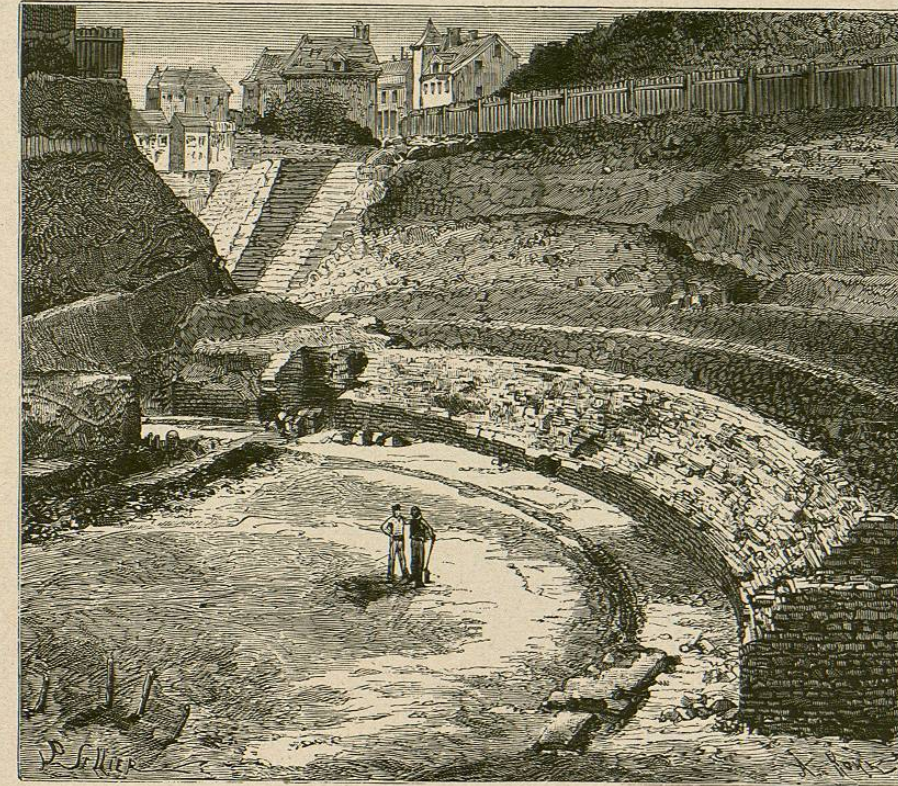
Tréveris es la única ciudad de la Galia septentrional que evoca, en el viajero que busca antiguos recuerdos, algo del Mediodía romano. Paseando por las calles silenciosas de la ciudad renana, se recuerda involuntariamente Arlés. Bajo otro cielo, en distinto cuadro, es el mismo conjunto de imponentes ruinas, igual contraste entre la obscuridad presente y el brillo de anteriores épocas. Como la urbe provenzal, Tréveris no alcanzó su completo desarrollo hasta que ya declinaba el Imperio. Fué ciudad libre al principio. Después cayó de nuevo en la categoría de las ciudades sometidas en castigo de su actitud durante los acontecimientos del 69-70. Elevada más tarde por Domiciano ó Trajano al rango de colonia (*Colonia Augusta Treverorum*), no se la cita hasta mediados del segundo siglo. Sale de su obscuridad en el tercero, cuando más violento es el empuje de los bárbaros. Entonces aparece como una de las principales ciudades de provincias, tan importante como Cartago, Alejandría, Antioquía, Milán. Aumenta aún,

llega á su apogeo cuando una reforma política lleva hacia la frontera el centro de gravedad del Imperio. Se convierte entonces en una de las cuatro capitales del mundo romano. En ella reside el César de Occidente. Desde allí gobierna, no solamente Galia, sino España y Bretaña. Aquel punto permite al César dirigirse rápidamente á Colonia, á Maguncia, á Estrasburgo, bastante cerca del campo de batalla para acudir al primer llamamiento, bastante lejos para estar al abrigo de toda

rio para alimentar, vestir y armar á los defensores de Roma:

Imperii vires quod alit, quod vestit et armat (1).

La mayoría de los edificios eran de construcción reciente. Tréveris cayó en manos de los bárbaros en el siglo III y padeció mucho, pues los documentos dicen que los tetrarcas y sus sucesores restauraron la ciudad por completo. Únicamente el anfiteatro y los pilares



Parte del anfiteatro de Lutecia

sorpresa. La caída de la tetrarquía no amenguó el prestigio de Tréveris. Las necesidades de la defensa y lo grandioso de la instalación imperial mantuvieron su primacía. En vez de César albergó al prefecto del Pretorio, que gobernaba desde allí dominios desmedidos. La presencia de este funcionario no excluía la del emperador. Constantino y sus hijos, Valentiniano I, Graciano y Máximo permanecieron bastante tiempo en Tréveris, y en el Código Teodosiano se encuentran ciento cuarenta y ocho decretos firmados por ellos en esta ciudad desde 314 á 390.

Esta ciudad, opulenta y guerrera, presentaba un curioso espectáculo durante el último siglo del Imperio. La vida transcurría agitada entre el ruido de los negocios, de las fiestas y de los combates. ¡Cuántas veces no acabaron los espectáculos públicos al oír un grito de alarma, ante la irrupción brusca del enemigo! Pasada la alarma, continuaban las fiestas como si la sensación del peligro inmediato hiciera más agudo el apetito de goces y placeres. Aquella existencia se descubría en seguida. Dentro del vasto recinto, erizado de torres, al lado del Foro, de las basílicas, de las termas, del teatro, se levantaban arsenales, manufacturas de armas y equipos, almacenes de víveres, todo lo necesa-

del puente del Mosela parecen anteriores al Bajo Imperio. Allí se inmolaron, por orden del emperador Constantino, sesenta mil prisioneros francos. Así lo dicen los historiadores, quizá exagerando. Aquellos juegos crueles eran caros á los treverios. Les gustaron hasta el instante de la catástrofe suprema; á pesar de todos los desastres, de todos los duelos públicos y privados. El sacerdote Salviano se lo reprocha aún con elocuencia en tiempos de Alarico y Atila.

Mejor conservada que el anfiteatro es la formidable *Puerta Negra*, el ejemplar quizá más completo de la arquitectura militar romana. Con su doble fachada y sus dos galerías superpuestas, su patio interior y los caminos cubiertos que daban acceso á él y con las cuatro enormes torres que la flanquean, antes que una puerta parece una fortaleza aislada, capaz de albergar numerosa guarnición y de hacer vigorosa resistencia. Igual carácter tenía el palacio imperial, edificio inmenso cuya sala, de sesenta metros de longitud, permite calcular las proporciones. Como el palacio de Lutèce y en más vasta escala, está construido, á pesar de su suntuosidad, de manera que pueda rechazar un asalto. Ahora

(1) Ausonio, *Treveri, Ordo nobilium urbium*.